

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El Salvador.

En vano se agita la sociedad moderna en busca de luz para sus tinieblas, de solución para sus problemas, de medicina para sus llagas, y espera en vano salvarse del abismo en que ha caído si pone su esperanza en alguno de esos hombres sin fé, sin conciencia, sin patriotismo que manejan la cosa pública y llevan las riendas del Gobierno. La tierra no puede vivir sin el cielo; la sociedad no puede vivir sin Dios, España nacida del catolicismo, criada á los pechos de la Iglesia, levantada en otro tiempo á la cumbre de la gloria; con el auxilio y bajo la soberanía de Jesucristo no puede renacer á la vida social, no puede levantarse de su actual postración, no puede recobrar su pasada grandeza sino ar-

roja de sus entrañas el principio deletéreo liberal que envenena su sangre, si no se deja inocular la sangre vigorosa y purísima de los principios católicos, sino vuelve contrita y humillada como el hijo pródigo á los brazos de la Iglesia, si no restablece en su gobierno, en las instituciones, en las leyes, en la enseñanza, y en todas las esferas de la vida social y política la dulcísima y paternal soberanía de Jesucristo.

No hay otro Salvador que Jesucristo vivo en el Evangelio, vivo en su Vicario, el Romano Pontífice, vivo en su Iglesia, por Él fundada para que en ella y por ella se salven los hombres y se salve la sociedad. Jesucristo había dicho: Cuando yo haya sido puesto en los brazos de la Cruz atraeré á mí todas las cosas. El mundo entero es testigo de como

esta brillante profecía háse convertido en gloriosísima historia, porque han visto los siglos al pié de la Cruz espirar la tiranía, morir la bárbara casta, quebrarse la cadena del esclavo, brotar las hermosísimas y perfumadas flores de la libertad, igualdad y fraternidad, reconciliarse todos los hombres, unirse como hermanos en una misma fé, vivir en el seno de una misma madre, cobijados bajo un mismo techo, sentados á una misma mesa, con derecho á la misma herencia, reservada á sus fieles hijos por el amor del mismo padre que está en los cielos.

Antes de Jesucristo, en el mundo pagano, y ahora mismo en las regiones no iluminadas por el sol del Evangelio, las falsas religiones en los poderes públicos, tiránicos de suyo despreciaban á los humildes y exaltaban á los grandes, oprimían á los débiles, y glorificaban á los fuertes, concedían un cielo á los nacidos de privilegiada cuna y otro cielo á los que en pobre cuna habian nacido, sellaban con sello de infamia la frente del esclavo, y mientras una minoría prepotente y opresora vivía sumergida en un mar de placeres, la mayoría de los hombres subyugados por la fuerza gemían sepultados en un abismo

de dolores y miserias. Pero Jesucristo Nuestro Señor llamó á sí con amorosa invitacion á todos los hombres. Venid á mí, decía, los pobres, los tristes, los afligidos, y os aliviaré. Y dispensaba su amor á los que habian derramado mas lágrimas, sus consuelos á los que habian padecido mas dolores, su proteccion á los que habian cargado con el peso de mayores injusticias. Por eso le escuchaban extáticos los jóvenes y los ancianos, los niños y las mujeres. Por eso le seguían por todas partes las turbas, atraídas por sus prodigios, cautivas de su palabra, arrastradas con dulce violencia por el encanto de sus gracias y por el perfume de sus virtudes. Y le seguían alborozadas, sin acordarse del sustento, porque veían en él cumplidos los vaticinios, dibujada la fisonomía del Libertador prometido, y realizada la misión del Salvador esperado, puesto caso que Jesús venía á establecer el reino de la verdad y de la caridad, á desterrar el despotismo y la tiranía, á dignificar la obediencia y la sumisión, á convertir la insensata alegría en dolor santificante y el dolor en purísima alegría, á exaltar á los humildes y humillar á los soberbios, á cuajar en perlas las despreciadas lágrimas, para

tejer una corona á los afligidos, á unir en su amoroso seno á todos los hombres con las doradas cadenas de su infinita caridad.

Y cuando próximo á dejar este mundo, trató de fundar su Iglesia para que esta continuase hasta el fin de los siglos la obra de salvacion, no fué á las academias en busca de sábios, ni á los campamentos en busca de guerreros, ni á las asambleas políticas en busca de oradores, sino que fué á las orillas del mar en busca de unos pobres pescadores, y los encomendó la conquista del mundo, diciendo: Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra. Id, os envío como corderos entre lobos, pero no temais que yo pondré en vuestra boca sábios discursos y en vuestro corazón divinos alientos que no podrán ser contrarrestados por la malicia y astucia de vuestros enemigos. Y ellos volaron por todo el mundo, y al eco de su voz se estremecieron los tiranos, cayeron los ídolos, enmudeció la filosofía, y el mundo que semejaba un cadáver en putrefacción se levantó de su tumba como Lázaro, transformado y lleno de vida, puesto á los pies de Jesucristo, su Redentor y Salvador. El mundo sometido á la ley de Cristo, abrazado con su Cruz, adorando á su Sa'lvador, hé aquí

un hecho grandioso, un milagro estupendo y en este milagro una prueba irrefutable, una demostración concluyente de que Jesucristo es el Salvador que había de venir, el que vino á salvar las almas, y las naciones, y el que las salvó ayer, las salva hoy, y el que las salvará siempre con la luz de su doctrina y el poder de su gracia.

No hay otro nombre debajo del cielo en cuya virtud puedan ser salvos los hombres y salvas las naciones. España gime cautiva del liberalismo, envilecida por la masonería, enemiga de Cristo. Rompamos sus cadenas, y demos á Cristo su cetro y su corona.

ZACARIAS METOLA.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

MAGDALENA.

(Conclusion.)

Sin embargo nadie se atreve á interceder por ella, y Magdalena llora, con el rostro oculto en sus blancas manos.

Simon solamente, que ha visto mil veces, á la hermosa pecadora correr delirante en pos del placer, llevando como enloquecido cortejo, la vanidad, el orgullo y el lujo, teme que el aliento de su boca manche el aire que respira el Hijo de Dios, teme que Jesús se escandalice de verla en su casa; y con ademán espontáneo se acerca á ella, para apartarla de aquel sitio, acaso para arrojarla de

allí. Más Aquel que lee en los corazones, Aquel á quien nada se oculta, adivina la intercion de su huésped, lo detiene con un movimiento dulce, y con acento suave como la misericordia y sereno como la paz:

—Simon, exclama, fijando en aquel hombre la mirada inefable de sus divinos ojos; si tu fueses rico, tan rico que todos los tesoros de la tierra estuviesen contenidos en tu sola diestra, y tuvieses dos deudores á quienes hubieses confiado diferentes sumas, dando al uno quinientos dineros, y solo cincuenta al otro; di, cuál de ambos te debería mas?

—Sin duda el primero, Señor; contesta Simon asombrado de aquella pregunta.

—Y si por un exceso de generosidad, perdonáras su deuda á entrambos; cuál de los dos Simon, cuál de los dos debería profesarte mas amor y tenerte mayor gratitud?

—El primero tambien puesto que recibe mayor beneficio, repite Simon de nuevo.

—Hé aquí por qué esta mujer me ama con un amor, que tu ni aun comprender puedes! dice lentamente Jesús, fijando una mirada de misericordia en Magdalena. Hé aquí por qué sus lágrimas han mojado mis piés, que enjuga con el delicado velo de sus cabellos. Levanta Magdalena y vete en paz, porque tu alma santificada por el dolor y el arrepentimiento queda desde este instante mas blanca que la nieve que corona las cimas del Hebron, mas que las espumas del ancho mar de Tiberiades, y mas que las estrellas que bordan, en noches serenas el tranquilo cielo de Judea. No llores

y vete en paz, tu fé te ha salvado, y de generacion en generacion pasará tu nombre unido al mio, siendo emblema del amor que redime y del amor que purifica.

Magdalena se levanta, y por primera vez se atreve á fijar sus grandes y rasgados ojos en el rostro del Salvador. En aquella mirada iba envuelta toda su alma; sus lábios de rosa se movieron imperceptiblemente; pero al ir á pronunciar una palabra de reconocimiento y de amor, exhalaban solo un suspiro.

Echó hácia atrás sus destrenzados cabellos, que la envolvieron como un espléndido manto de encaje, cruzó las manos sobre el ya inocente pecho, y salió de la estancia, llevando un cielo de castas venturas y de santas esperanzas en el fondo de su alma.

—
La noche ha extendido, horas hace, un denso velo de sombra por los calles de Jerusalem.

La multitud que durante el día las ha llenado, ha desaparecido casi por completo: solo algun grupo de soldados las recorren, obedeciendo á las órdenes del gobernador de Judea.

A pesar de la oscuridad y del silencio una mujer cruza con paso rápido, algunas calles turtuosas, dirigiéndose sin duda al palacio del gobernador, envuelta en un oscuro manto, que cubre enteramente su faz: se adivina que sufre y padece por los suspiros que de vez en cuando se escapan de sus trémulos lábios.

Dudosa y vacilante, mirá con afán aquella sombría casa, como si dentro de sus muros se encerrase la mitad de su alma; y, como el triste pajarillo al que

han robado sus hijos, gime y se desespera.

De pronto un grito inesperado, dá á entender que algo de extraño le pasa; se agita, acelera el paso, y, guiada por incierto resplandor que sale de una ventana, llega hasta ella, y con los ojos demeuradamente abiertos, mira al interior con afán indescriptible.

Aquella mujer es Magdalena, la antigua y hermosa pecadora hoy regenerada que llora buscando al amado de su alma, preso aquella noche en el palacio de Pilatos.

Mas ¡ay! que es lo que ha visto la afligida jóven, que así palidecen sus mejillas, tornando en nacer sus purpúreas rosas? Ha visto al árbitro de su suerte á la luz de sus ojos, á su salvador en fin, cubierto de heridas y lleno de sangre, apagado el brillo de su mirada, mustio el amante lábio y descompuesto el semblante en el que la hermosura y la majestad tenían asiento. Ha visto trocado en noche lúgubre el apacible día, convertido en centro de tristeza y de muerte, el que lo era de alegría y vida.

¡Oh! Magdalena, Magdalena! infeliz de ti, amarle tanto para verte en ese estado!

Vuélvete á tu castillo de Mágdala, torna á los hogares en que tu niñez corrió tranquila y serena, y abandona á la ingrata Jerusalem, cuyos hijos van á trocarse en sangrientos verdugos.

Mas ¡ay! lejos de huir de aquellos sitios de muerte, quieres permanecer en ellos, y agotar con su Maestro, el horrible caliz de su amargura!

Y te aproximas mas á aquellas rejas

tras de cuyos hierros una veintena de soldados hieren á tu inocente bien.

¡Oh! Magdalena, Magdalena! muy culpable has sido; pero grande va á ser tambien tu espiacion, porque tu amor es inmenso, é infinito vá á ser el dolor que torture tu alma.

Y las horas marchan como procesion de enlutados fantasmas, y la antigua pecadora las vé pasar asida á aquella reja, á cuyas barras se aferran, cual si quisieran arrancarlas, sus dedos crispados!

Y aunque ni una palabra se atreva á pronunciar, sus ojos fijos en Jesús, le envían el alma, en una mirada empapada en lágrimas.

¡Oh! en aquella noche cruel borró Magdalena sus pasados errores, porque el sufrimiento purifica!

—
Jesús ha sido condenado á morir! El pueblo decide que le ha contemplado escarnecido, no contento con los dolores agotados, pide con frenesí, haciendo de mil voces una sola, la crucifixion del Justo que antes llamaba su Salvador!

Ni una voz se ha levantado para defenderle, y una vez declarado reo, los aprestos de la muerte, se han sucedido con la rapidez del relámpago que precede al estallar del trueno.

Todo ha estado pronto, desde las espigas hasta los azotes, desde los verdugos hasta la cruz.

Y ya la terrible comitiva atraviesa las puertas de Jerusalem, seguida de brutal muchedumbre, que va á teñir sus manos con la sangre de un Dios, y á gozar con el espectáculo de su tremenda agonía.

Mas ¿quién es aquella mujer, que se

abre paso entre la multitud apiñada? Por qué lleva desceñida la tosca túnica, suelto el hermoso cabello y destacada la blanca sien? Por qué en su bella faz, lleva impreso el temor y el espanto, y en su cárdeno labio el ¡ay! del dolor? Sus heridos piés, lastimados por las piedras del camino, apenas si pueden sostenerla; y, sin embargo hace esfuerzos por seguir adelante, y corre siempre como si un poder superior le impidiera quedarse atrás.

Y nadie la compadece, nadie le presta apoyo; y es que nadie tampoco podría abreviar la agonía de una alma, que espía sus culpas en el crisol de la penitencia y del dolor.

Va sola; sola como los lirios del valle, sola como el añoso cedro del Líbano, sola como el pesar y la aflicción. Y la hora terrible se acerca, y Magdalena, sin ver nada de cuanto la rodea, venciendo inmensos obstáculos, arriba á la cumbre del Gólgota, en el momento en que alzan la cruz con el cuerpo de Jesús.

Magdalena dá un grito, grito terrible de desesperación, que viene á espirar en el alma doliente de otra mujer, cual ella sumida en inmensa aflicción!

Es María, es la Madre de Dios, es la purísima corredentora del hombre, que ocupa su puesto al pié de la Cruz. Magdalena, por un instinto de su alma, quiere correr hácia ella, quiere ampararse en el corazón de la Madre, ya que van á extinguirse los latidos del de el hijo! Pero ¡ay! un pensamiento cruel la detiene: como la pecadora arrepentida podrá aproximarse á la concebida sin pecado? Cómo la encendida amapola podrá unirse

á la blanca azucena? Cómo, en fin, la mujer manchada con la culpa, podrá acercarse á María, la Madre castísima de Jesús?

El encendido rubor de la vergüenza tiñe la hermosa frente de Magdalena: todo el horror de su vida pasada se interpone entre ella, y la que es Reina de las vírgenes, y aunque daría su vida entera por besar la orla de su túnica, se detiene confusa, y no se atreve á dar un paso ni á formular una súplica.

María, sin embargo, adivina lo que pasa en el alma de aquella mujer, sabe que su hijo la ha perdonado, que el amor divino acaba de regenerarla, y que ella va á ser constituida Madre de los pecadores; fija sus ojos en aquella frente inclinada, estiendo las manos purísimas, y con voz dulce, triste, amorosa.

Magdalena exclama, si tu le amas tanto, ven á mi lado y floremos por El!

Magdalena escucha arrobada aquellas palabras; por un momento olvida su duelo; todas las delicias del cielo inundan su corazón; y corre á precipitarse á los piés de la Virgen gritando: ¡Madre mía!

La doliente Madre la recibe en sus brazos y ambas se apoyan al pié de la Cruz.

Y allí unidas, como dos pobres flores sostenidas por el mismo tronco, simbolizan la pureza y el arrepentimiento, la inocencia y la penitencia, las dos sendas únicas que conducen al Cielo.

Las dos permanecen apoyándose mutuamente, como el consuelo y la esperanza, como la fé y el amor. Pero de pronto ambas se estremecen, ambas, exhalan un gemido, llevándo la diestra al corazón.

Jesús habla desde la Cruz.

El divino Mártir pide por sus enemigos: dá parte en su reino al venturoso Dimas, y calla un momento antes de hablar por tercera vez.

¡Ah! sin duda la frase que va á salir de su cárdeno lábio, cuesta gran esfuerzo á su corazón.

Con ella va á despojarse de su tesoro mayor en este mundo, para legarle al hombre; con ella va á afligir tal vez el alma de su madre virginal.

—¡Mujer, hé ahí á tu hijo! Vé al que á de reemplazarme junto á tí! dice con voz doliente Jesús.

María escucha aquella palabra, atónita y desolada. Su hijono la ha llamado Madre!

Pero al menos se ha dirigido á ella, le ha dejado una mision que cumplir.

Magdalena pasa una mano por su pálida frente, echa hácia atrás sus blondos cabellos, para que no le impidan oír aquella voz.

¡Quién sabe si despues de pensar en la Madre, pensará en la pobre arrepentida!

Pero Jesús llama á su Padre, lamentando su abandono; se queja de la sed que le abrasa, anuncia que todo está terminado, y ¡ay! encomienda su espíritu en manos del Padre.

¡Pobre Magdalena! pobre flor combatida por los huracanes de la vida, sin tener una rama que le preste apoyo! ¿Cómo podrá resistir aquella tempestad furiosa?

Porque ella no está dotada como María de santidad y pureza divina. No ha sido como la rosa de Nazareth escogida. Nó; es solo una pobre muger sujeta á las fra-

gilidades de la misera naturaleza humana. El dolor la abate, la afliccion la desconsuela, la muerte la aterra, y el aislamiento en que su alma vá á quedar la espanta.

Mas ¿á qué hablar de soledad y abandono? ¿No está allí la Virgen Maria, Madre de Dios, y Madre amorosa del pecador, desde aquella hora? ¿Qué desamparo puede llorar, que horfandad puede afligir, al alma que se acoge al amor de la Reina del Cielo?

¡Oh! Magdalena! personificacion eterna del pecador arrepentido! alza tu hermosa sien: no llores; si Jesús ha muerto, ahí está Maria para alentarte y sostenerte en la senda del bien. Si su lábio no te ha dirigido una palabra, ni sus ojos una mirada ¿qué importa? en tí pensaba cuando ha dicho. Ahí tienes á tú hijo! Sí; con esa palabra que pronunció muriendo quiso decirte: Ahí tienes una medianera entre tu pecado y la justicia de mi Padre. Ahí tienes tu consuelo; porque Ella es fuente de consuelo. Ahí tienes tu esperanza; porque de esperanza es el áncora cierta. Si vacila tu pié en la senda del bien, invoca su nombre y su mano te sostendrá. Si temes extraviarte de nuevo en el mundo recurre á su amor, y en sus ojos encontrarás luz que te alumbre y esplendente foco que te guíe. Si el dolor te abate, si la cruz te fatiga, si la amargura te aniquila, ahí está Ella siempre pronta á auxiliarte y á velar por tí. ¡Ah! si; pide, recurre á Ella siempre con confianza de hija, que ella te escuchará con la ternura de Madre; porque como tal la dejo en herencia á los desamparados pecadores.

¡Oh! bendita sea esa palabra que nos abre un cielo! templa tu dolor Magdalena; porque al ser hija de María ya no estás sola en este mundo: una parte del corazón de Jesús, queda contigo en el de María!

Y así es en efecto.

La pecadora arrepentida no se separa ya de la madre viuda.

Y juntas al pié de la Cruz, pasan las horas que aun quedan de día: juntas miran á los piadosos varones descolgar el divino cadáver; y juntas lo pierden de vista, cuando la losa del sepulcro fría y pesada cae sobre él.

¡Ay! Dios sin duda escogió á Magdalena, y la unió con María en la cumbre del Gólgota, para alentar nuestra esperanza, y mostrarnos que hay dos solos caminos que nos conducen á Él. El uno se llama pureza y está sembrado de rosas; María nos precede en él: el otro arrepentimiento; está regado con lágrimas, y Magdalena guía á los que lo siguen. ¡Pero al fin de uno y de otro está Dios!

La hermosa doncella de Magdalena, fué fiel en adelante á la gracia del Señor.

Después de tener la dicha de que su amado Maestro se le apareciese en el momento de su gloriosa resurrección, antes que á ninguno de sus discípulos y de verle subir á los cielos, acompañó á la Santísima Virgen á Efeso, y pasó á su lado los días que tan dulce Madre habitó aun entre los hombres.

Mas tarde, cuando la Reina de los cielos abandonó este valle de lágrimas, Magdalena se retiró á la gruta del Santo Bálsamo, donde por espacio de treinta

años se consagró á las mas crueles y severas penitencias. Allí murió y desde allí sin duda llevarian su espíritu los serafines á los brazos de Aquel, cuyo amor lava las culpas y santifica á los pecadores.

ENRIQUETA.

Honradex masonica.—Un ingeniero de Burdeos, mason, ha sido preso por distraer 50.000 duros que tenia en su poder en calidad de Depositario de una compañía belga. En el proceso que se le sigue ha declarado que la cantidad robada la habia invertido en *obras humanitarias.*

Preceptos que no se observan.—Uno de los cánones del concilio celebrado en Rouen en el año de 650 dice así:

«Es necesario que los párrocos adviertan á sus feligreses que deben dejar que vayan á misa ú obligar á oír la al menos los domingos y dias festivos, á los boyeros, porqueros, pastores, criados de labranza y todos aquellos que viven constantemente en el campo ó en el bosque como bestias. El que lo descuide debe dar estrecha cuenta á Dios de las almas de aquéllos; porque cuando el Señor vino al mundo no eligió por discípulos á nobles ni á oradores, sino á pescadores y gente pobre, y á sencillos pastores, no á grandes inteligencias anunció el ángel la venida del Mesías.»

